

Edmundo Concha

Vida y obras de Fedor Dostoiewski



N a apariencia resultará extraño que nos dediquemos a escribir sobre Fedor Dostoiewski en una fecha cualquiera como la de hoy, desconectada históricamente con la vida de este gran escritor. Mas—explicamos—no es menester que sea el aniversario de su nacimiento o de su muerte para recordarlo, porque su obra tiene un valor definitivo y permanente en las páginas de la literatura universal.

En efecto, entre los escritores clásicos, Dostoiewski, aparte de sus méritos precisamente artísticos, se distingue porque como ninguno ha contribuido al enriquecimiento de la psicología bajo muchos aspectos y en especial bajo el del psicoanálisis. Nietzsche dijo de él «Dostoiewski, el único que me ha enseñado algo de psicología». Y Zweig, por su parte: «Con Dostoiewski se dobla la última hoja en el libro de una ciencia caduca y se abre en el libro del arte la era de una nueva psicología».

Fedor Dostoiewski nace en 1821 en Moscú. Hasta la edad de 17 años vive encerrado en un hospital donde su padre, un noble lituano, ejerce la profesión de médico. El ambiente que moldea su infancia es severamente intelectual y religioso. Su temperamento se moldea místico e irascible. Además, a esta

altura, en su organismo germina la epilepsia, enfermedad que le acompaña hasta la muerte.

Cursados sus estudios elementales, por orden de su padre ingresa a la Escuela de Ingenieros Militares donde hace una vida solitaria, ajena al mundo que le rodea. En 1839 sufre su primer ataque de epilepsia al recibir la noticia de la muerte de su padre, asesinado por los siervos. Finalmente en 1844 abandona la carrera militar, tan incompatible con su vocación, para dedicarse exclusivamente a la literatura.

Se radica en San Petersburgo, la ciudad europeizada, donde lleva una vida bohemia llena de sueños y privaciones. Ya hombre formado, su estampa es la de un monje: cuerpo magro, rostro pálido, ojos hundidos y pómulos salientes.

En 1846, en una revista del poeta Nekrasov, publica su primera novela «Pobre Gente». Se trata de un verdadero monumento a la piedad y ternura humanas. Y obtiene un éxito repentino y expectable. Bielinski, el crítico omnipotente, avisa: «Nos ha nacido un nuevo Gogol».

Dostoiewski se asocia al movimiento revolucionario de su tiempo. Y en 1849, comprometido en una propaganda en pro del librepensamiento y de la situación de los campesinos rusos, es condenado a la pena de muerte. Empero, esta pena, gracias al Zar Nicolás I, le es conmutada en el último minuto por 4 años de trabajos forzados en Siberia y 6 años de soldado en Semipatinsk.

Con las experiencias personales que recoge en la cárcel, después escribe «La Casa de los Muertos», notable galería de delinquentes. En esta obra particularmente, Dostoiewski se revela como novelista por excelencia, pues, pese a su ostensible falta de sucesos y a su ritmo lento, es muy amena y profunda. Con ella convulsiona el abúlico ambiente ruso y reconquista su fama de escritor, borrada por el presidio. La protesta que esa novela envuelve golpea a todos los círculos, incluso al Kremlin. Y el propio Zar solloza sobre «La Casa de los Muertos».

En 1856, en Semipatinsk, Dostoiewski casa con la viuda María Domitrievna, madre de ya un hijo. Este matrimonio no le hace feliz ya que en parte le sirve de base para escribir después su obra «El Eterno Marido».

Cumplida toda su condena, Dostoiewski vuelve a San Petersburgo donde vive pobremente, dado que la profesión de escritor no resulta de manera alguna lucrativa. Además tiene la bendita manía de cargarse con obligaciones ajenas. El apremio económico le obliga a vender su literatura a los folletines, circunstancia que explica su estilo febril, incoherente y desordenado, pues muchas veces debe escribir de prisa. Por lo demás, con el tema de sus obras es muy exigente y estricto. Jamás vende por anticipado una novela que no tenga plenamente madurada en su mente. En esta época publica, con su hermano Miguel, revistas de carácter literario, social y político.

En 1863 Dostoiewski hace su primer viaje al extranjero. Va acompañado de una estrambótica estudiante de 21 años. Paulina N, admiradora suya y que es su querida durante 10 años. En Europa el escritor sigue hundido en la miseria y para salir a flote juega en la ruleta de Baden-Baden. Se envicia hasta la morbosidad y vive momentos «deliciosamente espantosos» frente al tapete verde. Tales experiencias las aprovecha también después para escribir «El Jugador», novela casi autobiográfica.

Regresa a Rusia en 1864. En este año muere tuberculosa su mujer. Luego muere su hermano más querido, Miguel, dejando una numerosa familia y una fuerte deuda pecuniaria, las cuales Dostoiewski noblemente se echa sobre su responsabilidad.

En 1868 casa con su taquígrafa Ana Grigorievna de 21 años. Este segundo matrimonio, no obstante la gran diferencia de edad de los cónyuges, le hace feliz y le da 3 hijos. En las postrimerías de su vida viaja anualmente a Europa a curarse de su epilepsia mediante unos baños en Ems. A esta altura es un personaje relativamente conocido y apreciado en Rusia. Dirige importantes

revistas y es un novelista muy fecundo. Sus títulos suben de 30 y a la larga son traducidos a todos los idiomas.

Dostoiewski conoce muy de cerca al pueblo ruso; su visión clínica revela que este está demasiado atrasado en el aspecto humano para ser sometido de repente al socialismo, solución de moda por la que aboga la mayoría de los intelectuales contemporáneos. En su novela «Los Endemoniados» muestra el confusio-nismo y la falta de brújula de los revolucionarios. Místico extremado, no acepta jamás «el liberalismo científico y corrup-tor de occidente» y en cambio, persuadido de que al pueblo le es necesario vivir todavía una etapa de transición, se hace zarista pero demócrata. Se aferra más que nunca al cristia-nismo, religión que siempre sintiera profundamente, y predica—sin caer en el tradicionalismo—la piedad, el desprendimiento y la resignación. Esta actitud suya, sincera y valiente, le importa el epíteto de «reaccionario» por parte de los impacientes políti-cos de la época. En el centenario de Pushkin, frente a la estatua consagratoria de aquel gran poeta ruso. Dostoiewski insiste y rubrica sus altos postulados de fraternidad universal por encima de clases. Y vaticina de que Rusia, por ser una nación virgen y llena de posibilidades, es la elegida para edificar una nueva vida más justa y hermosa. Este discurso le resulta un gran éxito personal.

Muere de una hemorragia pulmonar en 1881. La romería de su entierro llena 3 kilómetros. Una verdadera apoteosis en San Petersburgo (hoy Leningrado) y un duelo nacional en Rusia.

Entre la larga constelación de novelas que dejó tras sí, descuellan 3 que podríamos situar en un mismo plano cualita-tivo. Ellas son «Crimen y Castigo», «Los Hermanos Karamasov» y «El Idiota», esta última la favorita de su autor.

La faceta común de todas ellas es que no tratan en primer plano las reacciones entre personas o clases, sino que tratan pre-ferentemente las reacciones del hombre consigo mismo o con Dios. Las novelas suyas son subjetivas, lo que no impide desde

luego para que dentro de ese clima lleno de tinieblas y relámpagos humanos, las reacciones sociales como el amor, el odio, los celos, la envidia, etc., brillen con su respectiva propiedad y coloración.

Generalmente enfoca los bajos fondos de la ciudad. Mendigos, prostitutas, borrachos, criminales y ladrones son sus principales personajes. Mas, de esta obscura y baja muchedumbre de humillados y ofendidos, Dostoiewski, artista del contraste, extrae luminosos y sublimes girones de dignidad humana.

Aunque siempre nos presenta escenas muy reales, no es dado a describir paisajes, calles, mobiliarios u otras cosas de objetividad fotográfica. Prefiere describir el alma humana donde bucea con pericia descubriéndole sus recodos más insospechados. Escritor rico de imaginación, ésta es siempre realista y nunca fantasiosa. El mismo dijo: «Para mí, nada puede haber más fantástico que la realidad».

Su más original mérito de escritor, estriba en que no creó héroes con gallardías convencionales, sino que creó personajes estrictamente humanos y terrestres. Estos, aparentemente anormales, son todos muy sinceros y naturales. Inconsecuentes con cualquiera línea determinada de conducta, (buena o mala) están siempre cambiando y son contradictorios, incorrectos y desordenados en su modo de vivir y de hablar. Nada en ellos está pulido y cepillado; todo está intacto. Y creemos que en esta fidelidad reside toda la atracción y el éxito de la literatura dostoiewskiana, pues en lo defectuoso nos identificamos mejor íntimamente, toda vez que aun estamos tan lejos de la perfección.

Dostoiewski arremete destructoramente sobre la unidad formal de los sentimientos, las ideas y los instintos. Uno de sus personajes, Kiriloff, exclama «Necesito creer que no creo». Y otro, Dimitri Karamasov, confiesa «Soy un bribón porque estoy enamorado perdidamente de la bondad».

Aun cuando Dostoiewski premeditadamente no estableciera ningún principio básico para juzgar al hombre (puesto que siempre lo consideró en estado de transición) de sus novelas se

desprende que el hombre bueno es el más simple, espontáneo y desprejuiciado. (Aliocha, Zosima, Muiskin). Y que el hombre malo es el intelectual porque este siempre es calculador y ladino. (Raskolnicoff, Ivan Karamasov, Stavroguín). Es esta una tesis discutible, desde luego. Más, a nosotros, por ahora, sólo nos es dable exponerla.

La gran capacidad filosófica de sus personajes (la mayoría son egocentristas) está determinada, a nuestro juicio, por las condiciones geográficas rusas; a saber, los ríos, principales vías de comunicación, se hielan en invierno y obligan al pueblo a hacer una vida sedentaria, ociosa y contemplativa.

En sus obras hay una comicidad finísima y exquisita que después de conocerla, cualquiera otra comicidad nos resulta vulgar y ramplona.

El mejor sistema con que cabe lograr un conocimiento más acabado y útil sobre el hombre, la luce en su novela «Crimen y Castigo» cuando Raskolnicoff confiesa que se entrega a la policía «no por arrepentimiento sino por cálculo». Sistema éste que consiste, como se ha visto, en mostrar al hombre tal como es, aunque, resulte feo y antipático; y en ningún caso adornarlo con virtudes artificiales que, si bien suscitan románticas parábolas, en el fondo sólo mixtifican y obscurecen la verdadera realidad humana.

De esta misma novela queremos extraer otro pasaje en que con admirable precisión resume, en sólo 3 palabras, toda el alma rusa infantil, potente y masoquista: «En lo tocante al género de vida que he llevado hasta ahora... ¡Ah!... ¡Cómo puedo establecer comparaciones y llegar incluso a pretender el corazón de Avdocia Romanovna? ¡Que el diablo me lleve! ¡Soy un cerdo, un bribón, un necio, y, a pesar de ello no me importa un rábano! ¡Seguiré como hasta ahora y todavía peor!...».

Se ha recalcado que la literatura de Dostoiewski es patológica. Al respecto nos permitimos rectificar de que la patológica no es su literatura exactamente, sino la sociedad humana que

ella enfoca. Y esto como que tampoco, sin caer en idéntico malentendido, se podría calificar de pendenciero a un espejo que está reflejando una pendencia.

La literatura de Dostoiewski—lo repetimos—antes que nada es la literatura más honrada que hasta la fecha se ha escrito sobre el hombre, porque lo refleja fielmente en toda su patología material, su desorganización psíquica y su primitividad social.

Pero al recordar a este escritor no pequemos de unilaterales. Busquemos en la balanza contraria, aunque los hallazgos sean pocos.

En el asunto troncal de sus obras injerta nuevos asuntos a veces tan peregrinos que, en sí, podrían constituir obras aparte con títulos propios. Sin embargo, por el reverso, estas digresiones involucran la gracia de mantener al lector en constante expectación.

Hay explotación excesiva del parlamento, pues nadie en la vida real habla tan largo como cualquier personaje dostoiewskiano. Sin embargo, este otro defecto suyo tiene también su reverso favorable. La recarga de pensamientos que tienen sus novelas, lejos de hacerlas pesadas, las hace muy livianas y ágiles porque Dostoiewski nos presenta sus personajes no por conducto visual (descripción plástica), sino por conducto auditivo. Oyéndolos conversar es como los conocemos y los sentimos vivir.

Varios de sus personajes sobresalientes están repetidos a través de sus novelas. (Defecto común e inevitable en todos los escritores fecundos como Shakespeare, Balzac, etc.). Por ejemplo, Nastasia y Gruchenka son dos mujeres idénticas; ambas caprichosas, neuróticas, bellas y que con cierto mazoquismo mental han hecho una tragedia exagerada de sus pasados sin honras. Rogozhin y Dimitri Karamasov son dos animales parados en sus respectivos pies; seres eminentemente instintivos, sinceros, voluntariosos y con una salvaje capacidad para sufrir. Isabel Epanchín y Várvara Stavroguín son dos generalas encumbradas; dos guaguas terriblemente contradictorias, caprichosas

y prepotentes. Lebedef y Fedor Karamasov son dos originalísimos bufones, maliciosos y bellacos. Muisván y Aliocha son dos personas refinadamente bondadosas, inocentes y románticas.

Por último, reparamos en la falta de las influencias del sexo. En este terreno hay escenas que no tienen justificación humana conforme al ínfimo o ningún porcentaje en que intervienen las fuerzas sexuales.

Así y todo estos defectos muy poco significan en la obra total de Dostoiewski, porque ella está llena de muchas cualidades imposibles de negar u obscurecer.

Dostoiewski fué un escritor mártir. Conoció todas las contrariedades. Vivió siempre asfixiado económicamente. El medio jamás le fué favorable. Sin embargo, él de su dolor jamás sintió nacer el odio, sino el amor; un amor ilimitado por todo y por todos. Y por eso, contra viento y marea, cumplió íntegramente su alto destino de escritor.

De ahí que hoy, al recordarlo nosotros, concluimos en que él fué el prototipo del escritor que vive olvidado mientras a su alrededor brillan «ciertos personajes» con una luminosidad tan impropia y pasajera como legítima era la suya, radiada desde una obscuridad equívoca.

La historia, por lo demás, ha fallado ya con su juicio irrevocable: De aquellos personajes flamantes y orgullosos hoy nadie sabe nada; en cambio Fedor Dostoiewski es el embajador insustituible del alma rusa (de aquella época) frente a la eternidad.